

cipio de la constitución y el carácter de Federico Guillermo II. Un Estado militar quiere ser dirigido por un hombre de acción, y ese rey, por el contrario, tenía necesidad de encontrar su fuerza en las instituciones del país. Si no sabía dirigirse á sí mismo, ¿cómo no había de dejar que cayera en ruínas el Estado cuyo peso había de llevar?»

Brunswick, pues podía representar lo mismo el papel de general de las fuerzas prusianas que el de jefe de partido; para todo tenía popularidad y capacidad, pero el duque veía con malos ojos la guerra, creía que de momento y obrando con energía se podía obtener un gran resultado, pero creía «á los hombres de Francia capaces de todo,» y este recelo



El rey se refugia en la Asamblea legislativa

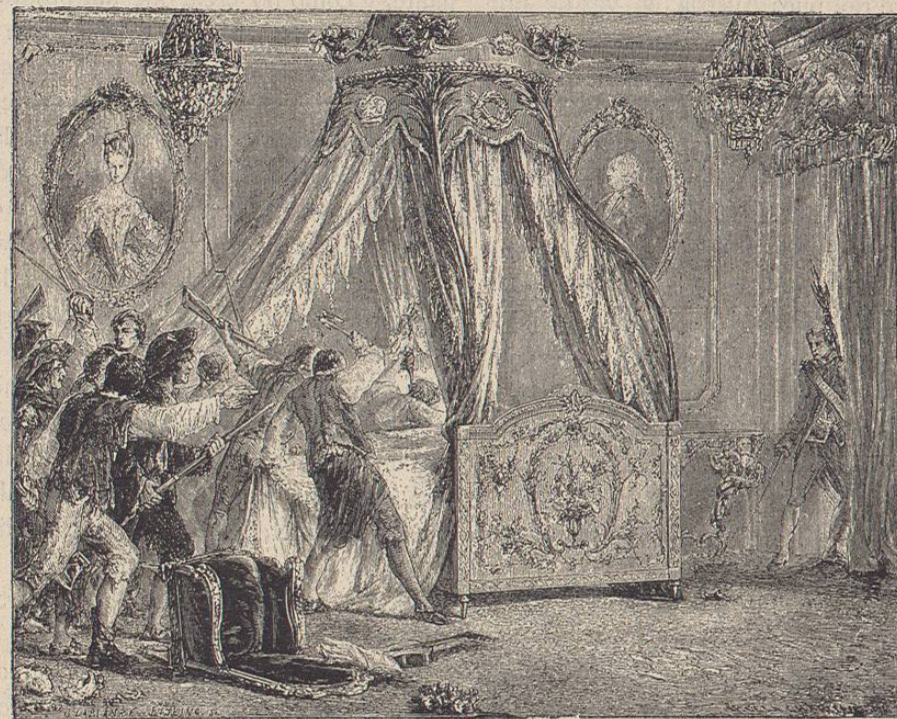
ó intuición del porvenir le tenía inquieto. Sin embargo, dió el plan de la campaña ya en Febrero, y este plan fué el que se adoptó, y puso en ejecución después del 20 de Abril.

Conforme á este plan, que se ha publicado, un ejército prusiano, fuerte de 42.000 hombres, debía encargarse del ataque principal. Esto es, entrar por el Luxembourg, tomar Longwy y Montmedy y luego Verdun para asegurar el paso de la Meuse. Los austriacos de Bélgica cuyas fuerzas evaluaba Hohenlohe en 56.000 hombres debían hacer entrar también un cuerpo por el Luxembourg, y colocar otro

en Apat para proteger á Bruselas, y tomar ó inquietar con su cuerpo principal Maubeuge, Philippeville y Givet, remontar la Meuse y reunirse con los prusianos á orillas de ese río; el éxito entero de la campaña debía luego depender del paso de la Meuse. En el momento en que las hostilidades empezasen debían concentrarse los emigrados en Philippsburg, pasar el Rhin en Basilea, y operar de concierto con las tropas suizas una diversión por la Alta Alsacia ó el Franco Condado. En esto se ve que Austria y Brunswick iban de acuerdo. Ni el emperador ni el duque querían á los emigrados en el ejército.

Brunswick tenía confianza en su plan y garantizaba su éxito hasta llegar á la Meuse. Pero, ¿y después? Decía el duque que con las fuerzas que iban á reunirse era imposible pasar el río y avanzar sobre París, de modo que le forzase la marcha sin mayores elementos no auguraba nada bueno. Además estaba tan atrasada la formación de los cuerpos austriacos que hasta para fin de Julio no se podía contar con tener concentradas y en sus puestos á las tropas que habían de penetrar en Francia.

Ahora conviene hacer notar que no debe confundirse por este tiempo Prusia y Austria con Alemania. Francisco II era emperador de Alemania, pero esto no suponía en él autoridad para levantar sus ejércitos á su voz, así Hannover como en todo lo largo de la frontera del Rhin nadie se movía, ó por mejor decir se formaba sólo una liga defensiva para el caso de que los franceses violasen el territorio. A esto vino á parar el egoísmo y el miedo de esos mismos prelados y soberanos que desde el año an-



El pueblo en las Tullerías

terior pedían la guerra contra los jacobinos. Solo el landgrave de Hesse-Cassel, espíritu militar y autoritario, se mostró dispuesto á entrar en campaña con los 14.000 soldados de sus Estados á condición de que se le nombrara elector y se le diera el mando del ejército coaligado caso de que viniera á faltar el duque de Brunswick, amén de una indemnización de gastos, y en fin, después de un mes de negociaciones, se le hizo la promesa de lo primero, se le concedió lo tercero, se le negó lo segundo, y solo se le tomaron 6.000 hombres: 31 de Julio de 1792. ¿Pero y Baviera? Baviera estaba quieta. Se la había destinado á compensar á Austria por el ensanche que Prusia tomaría por el Norte de Polonia, pues aún cuando Austria reclamaba una provincia polaca, Rusia no quería partir la Polonia en tres partes, sino en dos, salvo dar á Prusia la menor. Pero á

Austria le parecía poco la Baviera, máxime debiendo soltar la Bélgica, y le pidió á Prusia la cesión del principado Anspach-Baireuth, petición que Prusia rechazó indignada, de modo que en pleno estado de irritación y de desconfianza, iban á romper una guerra contra unos hombres «de quienes, según la expresión de Brunswick, podía esperarse todo.» Rusia, pues, quedaba dueña y señora de sus acciones en la frontera polaca, y como formaba en la retaguardia de la coalición, exigió que los emigrados, lejos de tomar un cuerpo de ejército á parte, marchasen al frente del ejército real é imperial para marcar bien la significación del paso que daban las potencias coaligadas, por lo cual fueron repartidos en los varios cuerpos de ataque. Esta exigencia de Rusia había de producir las más funestas consecuencias en Francia, pues la marcha de los emigra-

dos en la vanguardia de los ejércitos de las potencias aliadas, era una franca excitación á la rebelión y á la traición. Desde este momento los más furiosos patriotas franceses no pensaron más que en hacer imposible la traición. Por desgracia resolvieron impedirlo de un modo bárbaro é inhumano.

Tres días después del 10 de Agosto, Brunswick, más descorazonado que nunca, pues no solo no se le daban las fuerzas necesarias para asegurar el éxito de la campaña luégo que hubiese cruzado la Meuse, sino que ni aún podía contar con las convenidas para llegar á este río, pues Austria, en vez de presentar 106.000 hombres como se había convenido, sólo enviaba 71.000, de modo, que el cuerpo de Brunswick, en vez de tener 110.000 hombres, sólo tenía 83.000, Brunswick se presentaba delante de la pequeña plaza fuerte de Longwy, porque harto comprendía, después de lo que acababa de pasar en París, que era inútil cuanto se hiciera para aplazar por más tiempo las operaciones.

Los franceses sólo podían oponer á los 83.000 hombres de Brunswick, 56.000 hombres, esto, reunidos los antiguos cuerpos de Luckner, Lafayette y los 20 batallones arrancados á Montesquiou, y además los 6.000 hombres que Dumouriez tuvo que dejar salir del campamento de Maulde. Las plazas fuertes de primero y segundo orden estaban relativamente en tan mal estado de defensa como Longwy, pues ni Metz, ni Thionville, ni Verdun, ni Sedan, ni Nancy, ni Sarrelouis estaban medianamente dispuestas para la defensa. Pero en fin, los franceses tenían aún 11.000 hombres en Flandes y 22.000 sobre el Rhin, concentrando á tiempo estas fuerzas podían muy bien hacer frente al duque de Brunswick. ¿Quiere esto decir que estuvieran en situación de esperar confiados el avance de sus enemigos? Nada menos que esto. Sybel, que ha podido comprobarlo todo, nos dice que el cuerpo de Lafayette perdió en los meses de Julio y Agosto 8.000 hombres; que el ejército del Centro por el mismo tiempo había perdido 4.600; y que el ejército del Sud tuvo cuatro mil bajas. ¿Qué se habían hecho esos 16.400 hombres? Sybel dice que nadie puede decirlo. ¿Pero es aventurado suponer, que esta gran deserción se hizo en provecho de los emigrados? Así debe creerse, y así se creyó entonces.

Estas bajas debían llenarse con los federados del campo de Soissons, un campo del que salieron cuarenta y seis mariscales y generales, entre ellos Brune, Gouviou, Saint-Cyr, Jourdan, Lannes, Massena, Moreau, Oudinot, Victor, etc.; batallones que en su interior contaban como oficiales y soldados elementos

de tanta valía, podían avanzar al encuentro de los generales y veteranos del gran Federico.

Brunswick íbase á encontrar en frente de Dumouriez general sin reputación adquirida y sin grande experiencia de la vida del soldado. Si Dumouriez hubiese obedecido á las órdenes que el ministro de la guerra (Servan) le había dado, hubiera podido fácilmente cubrir á Longwy y regresar luégo para unirse á Kellermann que había reemplazado á Luckner de quien pronto se vió que para general en jefe no tenía capacidad bastante. Pero esto era poco brillante, y como no creía que tan pronto Brunswick marchara sobre la Meuse, insistió sobre la conquista de Bélgica, diciendo al ministro que ésta bien valía la pérdida de dos ó tres fortalezas sobre la Meuse, y en efecto, mientras esto escribía, ni la Bélgica se conquistaba porque Servan no le podía enviar ni los 20.000 hombres de refuerzo ni los cuatro millones que necesitaba, y en cambio Longwy se perdía. La noticia de la pérdida de esta plaza llegó á París el 25 de Agosto, cuando la ansiedad era grande por las cosas de la guerra, pues hacía días que no se sabía nada de la frontera, y se creía que Brunswick había pasado al frente de grandes fuerzas. Júzuese pues el efecto que había de causar la pérdida de esta plaza que mas tarde le costó la cabeza á su comandante (Lavergne), cuando con ella se recibía casi á un tiempo la comuninación de Kersaint del 26 de Agosto para que se apresurara á cubrir á París.

Claro está que, de no ser general la idea de que el duque avanzaba al frente de un poderoso ejército, nadie se hubiese afectado por la pérdida de Longwy que nada comprometía, y como en medio de la consternación de los patriotas resaltaba la alegría de los realistas que ya veían acercarse su momento, la idea de tomar represalias de estas venía por desgracia como consecuencia de la exasperación y del temor de los unos, y de la satisfacción y esperanzas de los otros. Esto lo hemos visto cien veces, y no valga como una esculpación de los sucesos de Setiembre, sino como una explicación rigurosa del estado de los ánimos, que las grandes acciones, grandes por su valor moral, como por su infamia, no son posibles sin grandes pasiones.

Puesto que tenemos el enemigo dentro de Francia,—se dijeron los exaltados,—puesto que han jurado nuestra pérdida y esta idea había de influir poderosamente en los que más ó menos se habían distinguido, procuremos nuestra seguridad á lo menos en el interior, á fin de que podamos concentrar todas nuestras fuerzas en la frontera. Esta idea fatal

de hacer una San Bartolomé de realistas adquirió tanta fuerza, que no fueron las excitaciones de Marat para que se pasase á cuchillo á los que estaban presos en la abadía, lo que despertó su idea, sino el paroxismo del terror, y este paroxismo lo mismo se apoderó de los instrumentos revolucionarios de Fournier y de Lazousky, que de Danton y de Robespierre. Unos y otros sabían que el dogal les esperaba si caían en manos de los coaligados. Morir matando, esta idea suprema de la desesperación se apoderó de todos.

La Comuna principió pidiendo á la Asamblea que los que estaban sometidos al tribunal de Orleans, que era el supremo tribunal criminal, fueran trasladados á París para ser juzgados por el pueblo. La Asamblea se negó y á lo menos esta infamia no ha de ponerse en su cuenta. Pero lo que no quiso consentir la Asamblea, la conspiración, dice Sybel, ó el movimiento espontáneo de los exaltados, de los militantes decimos nosotros, lo decretó y puso en ejecución; pues á un tiempo y sin previo concierto como lo prueban los documentos presentados por Sybel, salieron de París unos mil quinientos hombres, marseleses, bordaleses y bresteses para Orleans, mientras hacían otro tanto de Lyon buen número de hombres á fin de impedir que pudieran escaparse los infelices sometidos al tribunal de dicha ciudad.

¿A todo esto que hacían los girondinos, ellos que eran gobierno y que tenían la responsabilidad del poder y á quienes no se podía ocultar la exaltación de los espíritus ni lo que se preparaba en París por Danton verdadero autor y organizador de los asesinatos del 2 de Setiembre?

Roland había en vano hecho denunciar por una sección las usurpaciones de autoridad de la Comuna. Esta respondió pidiendo las cabezas de los denunciadores. Cargada, pues, estaba la mina, y esta estalló el 30 de Agosto y fué el mismo Roland en persona quien inició el ataque, sosteniéndole Cambon y Larivière, y en verdad no era ya posible esperar más, puesto que aquel mismo día, como lo hizo público Servan, la Comuna había hecho arrestar á todos los empleados nada menos que del ministerio de la Guerra, emprendiendo de hecho todo el despacho, y en esto en aquellos días tan críticos como azarosos por el éxito de la campaña. Guadet en medio de la más grande exaltación hizo aprobar el decreto que disolvía á la Comuna y llamaba á los electores para que la reemplazaran con otra. Ahora sólo faltaba que se pusiera en vigor este decreto. ¿En dónde estaba la fuerza? En la Comuna.

Al otro día la Asamblea fué invadida, y Tallien leyó en nombre de los jacobinos una alocución redactada por Robespierre en la que se decía que dentro de tres días quedaría purgado de enemigos el suelo de la patria, es decir, de sacerdotes refractarios, á quienes se había ido concentrando en varios puntos para expulsarlos.

Pero ni la invasión ni las amenazas quebrantaron este día la resolución de la Asamblea, y el decreto de disolución y de nuevas elecciones se mantuvo. Danton, en vista de esto, buscó un terreno apto para una transacción y lo halló fácilmente haciendo declarar que los 288 miembros de la Comuna actuales formarían parte de la nueva, si fuesen elegidos por serlo, sino por decreto. Salvado ya el conflicto, pudo ya pensarse en lo que más urgía, en la guerra, cuando llega á París el 2 de Setiembre la noticia de haberse vendido Verdun. Verdun era la última plaza fuerte que podía detener al enemigo en su marcha á París.

Brunswick, después de descansar dos días en Longwy, emprendió su marcha sobre Verdun con 40.000 hombres, y como suponía que Dumouriez y Kellermann se dirigirían á dicha ciudad, del norte el primero y del mediodía el segundo, dió orden á Clerfayt que se dirigiera á Stenay para detener á Dumouriez, y el príncipe de Hohenlohe que sitiaba á Thionville que interpusiera sus gentes y los emigrados para que Kellermann no le inquietara por los flancos y por la espalda. Dumouriez quedó, en efecto, imposibilitado de acudir en socorro de Verdun, lo que en verdad nunca le preocupó, pues sabiendo ya de ciencia cierta el corto número de fuerzas de sus adversarios, ni un momento creyó que se atrevieran á pasar los enemigos la Meuse, y en efecto, Brunswick, luégo que hubo ocupado Verdun, que tampoco nadie defendió y cuya rendición tuvo que negociar un oficial llamado Marceau, declaró que no iría más adelante, primero porque no tenía fuerzas, segundo, porque en parte alguna veía la menor señal de ese alzamiento patriótico y realista cuya inminencia tanto habían exagerado los emigrados. De modo que cuando desaparecía el peligro de la invasión fué cuando éste pareció más inminente.

Servan indicó á Dumouriez que cubriera los desfiladeros de la Argonne destinados á ser las Termópilas de Francia, y es justo decir que fué Servan y no Dumouriez el autor de este plan que, en efecto, debía contener al enemigo al intentar su avance, y fué Servan quien procuraba arrancar á París y á Francia á los corazones nobles y entusiastas por la patria para que fueran á defenderla en frente del